

consejo, envasen á Colon á conquistar para España nuevos territorios que añadir á los que ya alcanzaban las huestes españolas sobre los abatidos moros.

¿Qué consiguió?

Vamos á verlo.

## CAPITULO XXXI.

### Un asesino.



En los momentos en que llegó don Alvaro al campamento, los moros de otras ciudades próximas á Málaga, comprendiendo la importancia de esta ciudad, intentaban recobrarla, y como dice muy bien un célebre historiador, si no lo consiguieron, fué debido, tanto á la oposicion de los cristianos, como á la traicion de los suyos y á sus miserables contiendas intestinas.

Un cuerpo de caballería que el Zagal habia enviado desde Guadix en socorro de la ciudad sitiada, y deshecho por fuerzas superiores que capitaneaba el rey Abdallah, fué tal su bajéza, que envió una embajada al campo de los cristianos con caballos espléndidamente enjaezados para el rey, y preciosas telas de seda y perfumes orientales para la reina, pensando que de aquel modo se congratularia con ellos y continuaria disfrutando de su benevolencia.

La llegada de don Alvaro coincidió con la de los portadores de aquellos presentes.

Rehecha la partida que habia derrotado Abdallah, volvió poco despues más reforzada, con ánimo resuelto de facilitarse el camino hasta Málaga por medio de los mismos cristianos.

Algunos de ellos, los más valerosos, lograron penetrar en la ciudad sitiada.

Los demas sucumbieron.

Miéntas que tenia lugar este combate, don Alvaro, en la tienda de la reina, y en presencia del rey, cumplió la palabra que habia dado á Colon.

—¡Qué inmensa gloria para V. M. el conquistar á un tiempo ciudades como Málaga y Granada, y descubrir, no ya solo un camino directo á las Indias, sueño dorado de muchos años del rey don Enrique, codicioso afan de don Juan II, sino lo que es más, nuevas tierras, nuevos dominios que agregar á la corona de Castilla.

Isabel no necesitaba aquel estímulo.

Pero don Fernando, enardecido con aquellas palabras:

—Si, sí, exclamó; nada se pierde con probar. Ese extranjero tiene fe, y si se realizaran sus proyectos, nuestra gloria sería inmensa.

Aquella misma noche partió para Córdoba un emisario encargado por los reyes de llamar á Colon y de facilitarle todo lo necesario para que pudiera llegar al campamento.

Don Alvaro envió con el mismo emisario una carta á su amigo, asegurándole que se acercaba el momento de su triunfo.

Poco despues vinieron á participar á los reyes el triunfo que acababan de obtener sus tropas sobre los moros de Guadix.

Los que habian quedado continuaban amenazando las avanzadas cristianas; pero habia la seguridad de que no podrian vencerlos.

Al día siguiente se repitió la escaramuza, y los espías vieron salir de Málaga á un jóven moro, que solo y sin armas, se acercó al campamento de los cristianos con ánimo, según manifestó, de que le llevasen á la presencia del marqués de Cádiz.

Como se aguardaba de un momento á otro la rendicion de la ciudad, y el moro entendia algo el castellano, sospecharon que sería un enviado de Hamet Zeli, que llegaría con ánimo de explorar la actitud en que se hallaban sus enemigos.

Llevaronle á presencia del marqués de Cádiz, y sin inmütarse al quedarse á solas con el ilustre capitán:

—Solo al rey vuestro señor puedo confiar la mision que traigo. Llevadme á su presencia.

Era la hora de la siesta.

El rey descansaba, y aunque el marqués de Cádiz dispuso que llevasen al moro á presencia de Isabel, inspirada por el cielo sin duda, resolvió no admitirle en su presencia hasta que despertase su esposo.

Pero mandó que esperase el emisario en la tienda inmediata, la cual se hallaba ocupada á la sazón por la marquesa de Moya, antigua y noble amiga de doña Isabel, y por el noble caballero portugués protector de Colon.

Estos dos personajes continuaron hablando sin cuidarse para nada del moro que acababa de entrar.

Era aquel de extremada belleza.

Ojos negros, rasgados y de una profundidad inmensa.

Negra barba, que hacia más mate el color de su rostro.

El blanco alquicel dibujaba las hercúleas formas que tenia, la sombra que proyectaba el turbante sobre sus ojos, impedía ver el siniestro resplandor que en aquellos momentos brillaba en ellos.

Poco ducho en el idioma, y no habiéndose enterado de la disposicion de la reina, creyó cuando le introdujeron en la tienda donde estaban la marquesa de Moya y don Alvaro, que se hallaba en presencia de los reyes.

Dió un paso y se detuvo.

Miró cautelosamente en torno suyo, y al ver que nadie le

observaba, avanzó algunos pasos más sin sacar la mano de debajo del alquicel.

Aquel hombre se hallaba dominado por el fanatismo de la religion.

Iba á cometer un crimen espantoso, y no temblaba, porque al cometerle confiaba en que Alá premiaria su heroismo, y estaba ademas resuelto á hacer pagar muy cara su vida, porque el premio que esperaba de una mujer era superior á todo cuanto su fantasía oriental podia desear.

De pronto levantó el brazo derecho y blandió en su mano un yatagan damasquino.

Precipitándose sobre don Alvaro, á quien tomaba por el rey, le hizo en la cabeza tan profunda herida, que cayó exánime en medio del horror de la marquesa.

Esta á su vez recibió otro golpe del airado musulman; pero los espesos bordados de su vestido la libraron de una muerte segura.

A sus gritos acudieron multitud de nobles y soldados, que se hallaban en las próximas tiendas.

Colon mismo se presentó, pero al llegar el árabe yacia nadando en sangre, sin que la piedad de la marquesa hubiera podido libertarle del furor de los soldados cristianos.

Aún no habia espirado.

Aún pudo reconocerle Colon.

Al ver herido de peligro á su protector, y al comprender que su asesino habia sido aquel miserable, exclamó:

—¿Es así como pagais mi hidalguía?

—¡Vos, vos! balbuceó el árabe. ¡Perdon, perdon!

Aquel desgraciado era el que el dia anterior habia librado Colon de la saña de los cristianos.

Antes de espirar pronunció su nombre.

—Hamet Zeli, dijo, ya estarás satisfecho.

Algunos dias despues se presentó en el campamento una mora, que declaró llamarse Fátima.

Al llegar á noticias de la reina el crimen que se habia cometido en la tienda de la marquesa de Moya, hizo que despertasen al rey, y con él llegó al teatro de la catástrofe.

Colon auxiliaba á don Alvaro.

Uno de los médicos examinó su herida, y aseguró que no era de peligro.

Pero de cualquier modo, aquel infausto suceso despertó nueva ira, nuevo coraje en los soldados de los Reyes Católicos, y no se escuchó en todo el campamento más que un clamor: el de venganza.

¡Pobre Colon!

Otra vez más veia desmoronarse el edificio de sus ilusiones.

Herido don Alvaro, ocupados los reyes en llevar la ruina y la desolacion á las ciudades mahometanas, ¿cómo podia esperar que la voz de la ciencia pudiese ser oida en medio del estrépito de las armas?

De todos los ángulos de la Península llegaron voluntarios ansiosos de tomar parte en la empresa.

La guardia se aumentó, y los batallones reales con doscientos hidalgos enviados de Aragon y encargados exclusivamente de velar por la seguridad de los monarcas.

La peste diezmaba al mismo tiempo á los moradores de la ciudad.

Los víveres se habian ya agotado.

Los cadáveres yacian en montones en las calles.

Muchos moros abandonaban la ciudad y vendian su libertad á sus enemigos.

La inflexible entereza de Hamet Zeli en no entregar la plaza quedó al cabo vencida; y envió emisarios á negociar la capitulacion con los Reyes Católicos.

Un opulento mercader, llamado Alí Dorchux, presidia la capitulación, enviado por los habitantes de Málaga.

El rey se negó á recibirle hasta tres veces.

La obstinación de los moros fué inmensa, pero no era mayor que la ambición de triunfo que dominaba á los cristianos.

Al fin se dió el asalto, y el comendador de Leon entró á la cabeza de sus valientes escuadrones y tomó posesión de la Alcazaba.

Las banderas de la España cristiana ondearon sobre los minaretes en aquella ciudad, en la que durante ocho siglos habia brillado sin interrupción la media luna.

La entrada de los reyes en Málaga fué solemne.

La mezquita, convertida en catedral, reunió al lado de los monarcas á los más ilustres capitanes.

Un escritor dice que el acontecimiento más patético de aquella jornada fué el que ofreció la multitud de cautivos cristianos á quienes sacaron de las mazmorras y fueron conducidos á la presencia de los reyes, con los miembros cargados de cadenas, con las barbas crecidas hasta la cintura, y con los rostros amarillentos y demacrados por el hambre y la esclavitud.

A su vista se inundaron de lágrimas los ojos de todos los espectadores.

Muchos reconocieron á sus amigos, de cuya suerte nada sabían hacia ya mucho tiempo.

Algunos habian sufrido diez y quince años de cautiverio, y no pocos pertenecian á las familias más principales de España.

Los monarcas, confundiendo sus lágrimas con las suyas, mandaron quitarles las cadenas, y despues de acudir á sus necesidades, los despidieron con generosos presentes.

Hamet Zeli fué cargado de cadenas.

Una mujer que habia acompañado á las huestes castellanas al penetrar en Málaga, pidió que la dejaran verle.

Accediendo á sus ruegos el alcaide de Gebalfaro, en cuya fortaleza estaba preso, le permitió pasar.

—Tengo que hacerle una revelación, dijo; dejadme con él á solas.

Poco despues se oyeron gritos espantosos en el calabozo.

El alcaide, seguido de algunos soldados, penetró en aquella lóbrega estancia, y al resplandor de una tea vió un cuadro que le llenó de horror.

Hamet Zeli yacia en tierra bañado en sangre.

La mora que habia entrado, blandiendo en la diestra una gumiá ensangrentada:

—Yo, yo, dijo con acento febril, yo he sido quien le ha muerto. He consumado mi venganza: ahora soy vuestra.

Aquella mujer era Fátima.

Hé aquí los móviles que la habian impulsado á vengarse de aquella manera tan horrible.